

## Pregón de Semana Santa

**R**everendísima, excelentísimas e ilustrísimas autoridades, Real y Muy Ilustre Cabildo; nazarenos de Murcia, hermanos en la Fé.

“Sentados en primera fila  
están Juanico y Antón,  
esperando con ansia loca  
que pase la procesión”.

Esta dulce costumbre nuestra de envolver los caramelos en versos sencillos e inocentes, quiero que sea principio y fin de este acto en el que pregonamos que ha llegado el momento trascendental de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo tal y como la entendemos y nos fue transmitida por nuestros mayores. La “Caramelo-logía, ciencia que estudia el fenómeno del caramelo según escribió González Vidal en su libro murciano de la Andanza y la mudanza, “la caramelo-logía puede ser ciencia de apoyo para el entendimiento de una ciudad en fiesta mayor. Para el camuflaje o para el desconcierto, la Semana Santa adopta la figura rectangular del caramelo, plegadas sus puntas como dos pajaritas de papel, como dos capuces de nazareno. De pronto, el movimiento se vuelve geometría empalagosa y decidora. Por los aires vuelan en cuatro líneas, hasta el balcón o la acera de enfrente, los telegramas de la Semana Santa, barquitos de papel sin temor al naufragio ni al ahogo. Un mar bullidor y sin orillas agita las manos, se encrespa y sosiega, y los caramelos quedan a veces en medio de la calle, dando coletazos como pececillos blancos a punto de morir”.

He aquí, tan pronto, un buen momento para hacer la primera de las reivindicaciones de este humilde pregonero, hacia los confiteros, fabricantes de las pastillicas y otros científicos de la caramelo-logía. Cuiden de los versos, cuiden su variedad y conservación. Hace años que no cae en mis manos el de “Si vas a Churra en burra y en el camino hay barro, me apuesto un cigarro que no llegas ni tu, ni la burra”. El camino de Churra ha cambiado y ya ni quedan burras, ni las leyes antitabaco tienen bien visto el cigarro por apuesta, pero hay en el versillo, el dulce sabor de la grosella, el limón o el anís de nuestros caramelos.

Aquellos murcianos que primero de forma individual y más tarde hermanados y agrupados en Cofradías, salieron a las calles de Murcia vistiendo túnica, tapando su rostro y entregando obsequios o limosnas, limpiaban su alma de pecado y hacían penitencia. He aquí el principio de la costumbre que distingue nuestra murciana Semana Santa de las manifestaciones pasionarias del mundo entero. Y he aquí, que por dar caramelos en la procesión no hemos de ruborizarnos ni avergonzarnos ante el visitante si lo hacemos con decoro, con respeto y con amor, tal y como nos dictaron los que vistieron la túnica antes que nosotros.

La generosidad está impresa en nuestra personalidad desde la cuna. La matrona de nuestra ciudad amamanta a sus hijos y también al ajeno que acude a ella en demanda de algo tan nuestro como la Semana Santa. ¡Venid visitantes con los ojos y el alma bien abiertos para recibir la devoción hecha arte!. Acudid murcianos a la llamada del tambor que está presente en la totalidad de nuestras procesiones haciéndose vínculo junto a la oración espontánea que provoca la impresionante imagen de Cristo Crucificado.

Tambores desnudos y redoblantes de sonido seco, y tambores vestidos o recubiertos en paño como los que hacen el coro a los carros de bocinas en tres de las procesiones mayores de nuestra pasión. Tambores sordos por el trapo y cercanos al corazón, sobre los que pabillos o baquetas golpean y después se frotan entre sí, en un ritmo que todos los murcianos presentes hemos recreado con dos plumines primero, lápices o bolígrafos después, sobre los pupitres escolares; unos con más acierto y otros más destemplados, pero todos hemos sido ilusos tamborileros infantiles de nuestra Semana Santa.

La costumbre de iniciar la Semana Santa de Murcia con un pregón, es tan joven como de 23 años -recién salida de quintas si fuera humana-. Fué precisamente en este marco de San Bartolomé-Santa María, segundo templo en el estatus eclesiástico de la ciudad, ya que no en vano asimiló los parroquianos de la vecina colectividad cuando por culpa de corsarios y otros piratas, hubo de trasladarse la sede episcopal de Cartagena a Murcia. La ciudad estaba dividida en once parroquias y vino a establecerse su Catedral en la parroquia de Santa María -recuerdo a nuestros mayores refiriéndose a la presencia de los caballos en Santa María, cuando llegaban las procesiones a la Plaza del Cardenal Belluga- desde entonces San Bartolomé se hermana con Santa María en este templo, donde mi ilustre predecesor -en dos ocasiones- D. Joaquín Esteban Mompeán, llenó los corazones nazarenos de su acertado verbo por vez primera, con el pasional mensaje que ahora nos ocupa en la primavera de 1974.

Aquí en San Bartolomé, donde estuvo en este lugar sagrado aquel tabernáculo del altar mayor, muy parecido aunque construido en madera al que llena el crucero de mi Iglesia de San Juan Bautista; obra de Navarro David, maestro mayor de carpintería de la Parroquia que trabajó en compañía de Sistoli y González en el conjunto ne-

oclásico que albergó esta Iglesia y que fué terminado en 1797; se cumplen este año dos siglos y que desapareció entre el 36 y el 39 de nuestra centuria.

Aquí en San Bartolomé, donde El Santo Entierro de Cristo espera la noche del Viernes Santo para llenar de luz las calles y donde el impresionantemente bello conjunto de las Angustias recibe el consuelo de la oración de sus hijos. San Bartolomé y la antiquísima aunque renovada Cofradía de Servitas que procesionaran antaño en la tarde del Domingo de Ramos, aletargados al cobijo hermano y resurgidos ahora que la nazarenía es impulsada por jóvenes corazones.

Será desde San Bartolomé, donde en ocho días se inicie el caminar del Cristo de Santa Clara la Real, obra de Salzillo que acompaña la clausura de las monjas de las Claras y que este año por vez primera, llevarán sobre sus hombros antiguos alumnos del Colegio Marista, sin que por ello sea una procesión de estudiantes, tal y como se conoció popularmente en su día a la Hospitalaria del Cristo de la Salud, porque fueron murcianos estudiantes los que fundaran esta Asociación que ahora procesiona en el Martes Santo y antes lo hiciera en el Viernes de Dolores. Hospitalario gentilicio, que nos recuerda su procedencia del Hospital de San Juan de Dios donde se veneraba este impresionante Crucificado del gótico tardío.

Otra bienvenida damos este año a la Coronación de Espinas de la Cofradía de la Caridad, que sigue tal y como marcan sus estatutos, camino de procesionar con los cinco Misterios Dolorosos del Rosario. La más joven de nuestras cofradías, la del Sábado de pasión, crece como la ilusión de sus mentores, por afirmar su testimonio cristiano.

Hace doscientos años se ornamentaba con el tabernáculo mencionado este templo y hace doscientos años que ya desfilaban por nuestras calles las procesiones. Avancemos un siglo y vayamos a 1897, cuando hacía un año que los primeros cameramanas recogían las imágenes en Francia de los obreros saliendo de una fábrica o un tren llegando a una estación. La imagen pionera cinematográfica de la ciudad de Murcia se la debemos a Don Mariano Bó, quien en las cercanías de su establecimiento en Verónicas y San Antolín, impresionó en su máquina de la marca Pathé la procesión del Viernes Santo. Bó fué pionero del cine en Murcia y con su ojo mágico para sus contemporáneos, puede pasar a la historia como el primer pregonero de nuestra Semana Santa, hace hoy un siglo. Imágenes oscuras y de movimientos rápidos en los nazarenos. Salzillo, el murciano del que más veces se ha recogido su obra en celuloide, que sin saberlo brinda sus pasos al objetivo cinematográfico por vez primera. Que mejor conmemoración para registrar que la mañana del Viernes Santo. ¿Habrá algún día en el calendario murciano que merezca más elógios y atenciones de nuestros poetas, nuestros pintores y nuestros cronistas?. Cien años después, todo un siglo, volverán a llenarse las calles de San Antolín y Murcia entera de cámaras con tecnología punta para reflejar con fidelidad máxima el mismo devenir de nazarenos morados y el arte sublime de las tallas realizadas por Salzillo para gloria y emoción de los que acudimos arrobados de murcianía a su presencia.

Cuando dentro de un corto rato, al término de este acto, volvamos a nuestros hogares. El anuncio de mi voz, se habrá transformado en presencia física. Túnicas colgadas, enaguas esperando el almidón, capuces de cintas blancas o si Dios así lo ha dispuesto con la cinta en negro luto, nos esperan para recordarnos que la procesión está a punto de dejar de ir por dentro para exteriorizarse en un conjunto de barroquismo tan nuestro como enorme es la devoción del nazareno.

Esta presencia de la túnica y de las blancas medias de repizco, entrará en los ojos de los niños, llegará hasta lo más hondo de su corazón y sin saberlo, permanecerá ahí -como dormido- esperando que llegue el día en que pueda seguirlos y aprender el amoroso oficio de sacar la procesión a la calle. De título Real se adornan algunas de nuestras Cofradías: La que hoy nos acoje del Santo Sepulcro, Cristo de la Sangre, Nuestro Padre Jesús, Cristo de la Esperanza, Cristo del Perdón, y Cristo de la Salud. Reales cofradías que pregonan nuestra monárquica tradición asentada en la sucesión sanguínea de los privilegios máximos entre los humanos. Y es precisamente en este pequeño huerto de oración donde el nazareno es rey y es sucedido creando auténticas dinastías. Aquí, en esta semana de pasión que ahora se inicia y en la que sobre todas las cosas hay un Rey que culmina su inmensa lección dando lo que más apreciamos, la vida, para redención de nuestros pecados. Pongamos pues los cinco sentidos en nuestro quehacer nazareno. Seamos conscientes de los miles de ojos que nos contemplan esperando un comportamiento ejemplar de cristianos y murcianos. Seamos dignos portadores de la llama que fue prendida en el Calvario por un rayo tormentoso en la tarde del Viernes Santo cuando aquel soldado de Roma llamado Longinos clavó su lanza en el costado del Sacrificado para confirmar que había expirado.

La misma llama del monte de la Calavera y que casi dos mil años más tarde, sigue iluminando nuestra existencia y recordándonos la vital generosidad suprema de Cristo.

Nosotros murcianos, los que presumimos de no tener apego a lo nuestro y así lo hemos proclamado anteriormente. Nosotros que nos arrogamos de seguir la acertada estela de la doctrina cristiana, hemos de recordar que vestir la túnica tiene un sentido penitencial y no festivo. Que al llevar cirio, farol, estante o cetro en nuestra mano, no adornamos nuestra presencia sino que recibimos el apoyo para progresar en la rectitud sin perder el ca-

mino de la Fé. Revistamos nuestro procesionar del sentido primero de la penitencia. Y para ello es necesario que también la Liturgia emplee todos los fastos que le son propios. "In Gloriam et decorem"; Una procesión, tal y como el barroco sentido del murciano la entiende, debe adornarse de brillos preciosos, de bordados recargados en cascadas doradas, de olor a incienso, de marchas procesionales y de cornetas y tambores que anuncien claramente su paso por las calles. También los gestos están impresos en nuestra cultura nazarena; sabemos que solamente al Obispo nuevo en la Diócesis había que volverle los tronos. Y la norma se hizo costumbre aunque ya han pasado bastantes años desde que se comunicó que los tronos no debían ser vueltos hacia el balcón principal de Palacio. El viejo y no tan viejo nazareno, sigue preguntando año tras año a su Cabo de Andas: ¿Volvemos el paso? a lo que indefectiblemente se le contesta, ¡No quiere el Obispo!. Es este un gesto tradicional de respeto que distingue a la Institución y que propicia una maniobra en la que los estantes, ponían el mejor de los empeños en el lucimiento durante los instantes que dura el alto en el camino de ese Cristo que marcha con la cruz a cuestas o del hermano y la Madre que le siguen en expresión de dolor supremo.

No sisemos esplendor en la indumentaria ni en la impedimenta nazarena. Ni siquiera en la palabra del pregón. Dejémosnos mecer, como hace el Nazareno de la Cruz a cuestas sobre los hombros amorosos de sus estantes, por el acertado castellano de murcianos ilustres. escribió Carlos García-Izquierdo: "La Semana Santa de Murcia nos guía y conduce por una ciudad que, en aras de la Pasión de Cristo, vive horas entrañables y celestes; de una ciudad que, en la Muerte del Señor, se envuelve en coloquios de bronce e incienso para que la Catedral ofrezca el lirio a la Torre y el dorado campanil oiga en silencio el saludo del Ángel: ¡Que Dios te salve, Murcia, llena eres de gracia!".

Hoy 20 de Marzo, a las trece cincuenta y cuatro, hora solar -hace un ratico- ha llegado la primavera, ese prodigio natural de cada año, que en Murcia y en sus nazarenos atesora uno de los secretos mejor guardados y por el que darían su mayor tesoro, científicos del mundo entero. ¿Cómo explicar que a los portadores de los tronos en Murcia, una vez terminada la procesión, les nacen flores de los estantes de seco palo de morera, cuando abraza su madera con la húmeda y dolorida almohadilla?. Es este un pequeño milagro floral que derrocha murcianía en la imagen del nazareno cansado pero satisfecho de haber participado un año más en la historia barroca de nuestra cultura. Estamos en primavera y nuestros ojos se arroban con los colores intensos de claveles reventones, rosas misteriosas, fragantes azucenas, orquídeas orgullosas y modestas florecillas que culminan el arte de adornar los tronos. Pero todas ellas llevan en sí, el verde de la primavera murciana. El verde Esperanza que el Domingo de Ramos se contradice en la negación de San Pedro y su inseparable gallo.

¿Cómo negar en primavera?, ¿Cómo por tres veces negar al Maestro? Aprendamos de la humana debilidad de Pedro en su triple negación y del infinito Perdón de Dios, que vuelve a confiar en Pedro para construir sobre él su Iglesia. Verde Esperanza en el Domingo de Ramos y verde maternal en el Martes Santo, bajo el manto macareno de la Madre que llora a su hijo y lleva en su pecho el puñal del dolor, abriendo el camino entreverado de la ciudad a su Hijo maniatado, el del inmenso Rescate que fue puesto a los pies de los caballos y arrastrado por la tierra mora, permaneciendo milagrosamente intacto y autorizado su rescate a los trinitarios que liberaban a los españoles presos.

Libre es el Resucitado triunfante alrededor del que se formó Cofradía en el siglo XVII, también establecida en el Convento de los Trinitarios, después en La Merced y finalmente desde 1948 en Santa Eulalia, donde nace la más alegre de las conmemoraciones y la que dá sentido a nuestra Fé. La resurrección de la carne y la inmortalidad Divina.

El hombre en su inquietud, pone principio y fin a todas las cosas, hasta a su Amor por quien le dió el soplo de vida. Tenemos principios para todo en nuestro devenir diario y tenemos fines-honestos unos y otros no tanto que perseguir y conseguir. Principio también tiene la Semana Santa, al Amparo del Jesús crucificado del Viernes de Dolores, precedido por el Gran Poder que llevamos hermanos en el temor de Dios y en la afinidad al juego vital ante la negra cara de un toro. Esa Potencia dorada que nace de su venerada cabeza, es la que nos dá las fuerzas para afrontar nuestros compromisos o como deberíamos decir "para agarrar el toro por los cuernos". El cuerno del pecado que hiere nuestra conciencia y que sólo sana en el Perdón del Padre.

El Perdón que lleva cien años siendo concedido por las angostas calles de la antigua Arrixaca, hoy San Antolín y que transforma el popular bullicio de la barroca procesión, en emoción al paso del Perdón hecho hombre en la cruz, de su Madre llorosa y el hermano Juan y Magdalena abrazados al Leño Sagrado.

Es la procesión del color magenta, la de las caras curtidas por mil soles de la huerta bajo los tronos, la ya centenaria Cofradía que guarda en su Parroquia a la primitiva Patrona de la ciudad, hoy debidamente custodiada, después de haber sido casi olvidada por sus hijos. La Arrixaca encontró refugio en este su castizo barrio. Y refugio también buscamos en silencio los murcianos cuando el Jueves Santo, el tambor solitario plañe su redoble en el más impresionante de los cortejos. La procesión que describe Carlos Valcárcel en su apasionada -nunca mejor dicho- "Semana Santa del Azahar": "De la Iglesia de San Lorenzo sale un estandarte, dos grandes faroles y unos tambores



Pregón año 1997.

de redoble seco y mate. A su sola señal la luz se hace tiniebla, las casas se recortan negras y grandes, como agigantadas por la sombra, y las gargantas enmudecen. Todo se hace silencio en las alturas del Jueves Santo”.

Es entonces cuando el murciano se siente más pequeño e indefenso, huérfano a pesar de la resurrección, atemorizado en el desamparo, sabiendo como sabe que llegará el día más radiante del año, pero temeroso al fin y preso de la conciencia, implora Misericordia. Misericordia a ese Cristo que es portado por las túnicas negras y el capuz de color grana, el grana que pone fondo a la bandera de las siete coronas y el corazón del Rey Alfonso.

¡Misericordia Dios!, a ti Crucificado por nosotros, que serás descendido y Yacente volverás a llenar nuestras almas en la procesión del blanco luto del rito hebreo que en la tarde del Sábado evita las grandes calles y avenidas, y retuerce en el dolor inmenso de tu ausencia su recorrido penitencial. Este desfilar por las calles tradicionales sin utilizar la Gran Vía, ha sido asumido este año por la más antigua de nuestras cofradías, la única que hace doblete procesionando también en la noche del Viernes Santo con el cortejo del Retorno del Calvario por un itinerario que roza lo atípico y que la hace diferente. Acertadamente otras Cofradías estudian volver a los históricos recorridos. Calles barrocas con procesiones en escorzo, que se retuercen por la ciudad como espino que se trenza en corona.

Hoy pregonamos la Semana Santa de Murcia, la Semana Santa de la Dolorosa, la Soledad, Primer Dolor, Esperanza, Misericordia, Angustias, Amargura, Luz, y Gloriosa. Advocaciones todas ellas de la Santísima Virgen que humedecen hasta el más reseco de los corazones. Semana Santa de Murcia, la de las vírgenes más guapas a pesar del sufrimiento que reflejan sus rostros. Semana Santa que a punto de poner su primera procesión en la calle, ya tiene la intendencia de la sillería dispuesta en montones esquineros, lista para desplegar su presencia de la impaciente espera. ¿Recuerdan? Sentados en primera fila, están Juanico y Antón... Las sillas dispuestas y la mesa de nuestra Comunión, a punto de ser servida en la mañana del Viernes grande, tal y como la imaginó Salzillo. Con su cordero pascual como mandan las escrituras y los trece platos sin cubiertos. Con el apóstol hermano recostado y el pobre Iscariote con la mirada turbada y esquiva, como aquel que dice con la soga al cuello.

Es la cena a la que estamos invitados, es el momento de la institución de la Eucaristía: Tomad mi cuerpo y mi sangre y comed todos de él. El cuerpo que será entregado por vosotros para salvación de todas las almas, la sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada para el perdón de los pecados.

Esa sangre que brota generosa del joven costado y que a pesar de estar crucificado, en la noche de “los colores” camina con los brazos abiertos del amor Supremo hacia nosotros. Imagen que despeja la mente de tanta tñ-

nica roja, tanto cirio en llama, tanto berrugo con el haba y tanto caramelo. El mismo Cristo de la Sangre que se vió reflejado en las aguas del río desde lo alto del puente, antes de que el hombre cometiera el grave pecado de la contaminación. Pecado contra-natura del que hemos de dar cuentas. Cristo de la Sangre colorá, el de la talla pequeña y enorme emoción para el murciano que te contempla en la más grande de las manifestaciones procesionales. El Cristo de la Sangre, el que perdió literalmente la cabeza por culpa de la fraticida contienda, conservando el resto de su original talla caminante.

Así cerramos este sucinto repaso, que pregona la pasión que está por venir. La que por mandato del Cabildo Superior hoy os anuncio rodeado de vuestra generosidad y comprensión, rebosante el pregonero de orgullo nazareno por poder anunciar los cortejos que ya se mencionaban en el texto de la "Licencia de la Reina Doña Juana": "... en esa ciudad hay una calle que es la mas principal della que dicen la Trapería, por la cual pasan cada año las procesiones e rescibimientos que se hacen".

Dice Doña Juana, a la que el pueblo llamó la loca, que pasaban por Trapería, ese trozo desde las Cuatro Esquinas, hasta Belluga -antes Santa María-, que podríamos denominar "Carrera Oficial", puesto que son los únicos metros que recorren un total de doce de las quince procesiones murcianas, rodeando la Iglesia Catedral en la que antiguamente entraban los pasos, incorporándose después al cortejo. Se pregunta el pregonero: ¿Sería positivo e invitaría al recogimiento y la oración ver las procesiones penitenciales que no incluyen en sus normas el dar caramelos -Salud, Rescate, Refugio, Retorno y Yacente- a la luz de cirios y faroles por el interior de nuestro Templo Mayor?.

Volvamos al callejero murciano, al que alberga procesiones y queda con el suelo impregnado durante una quinceña de la cera que luego se queja chirriante con las pisadas del ciudadano. Es de la Trapería y de su hermana Platería, de las que Juan García Abellán escribió todo un tratado de murcianía llamado "Entre dos calles": "Pero la Trapería es también en el cortejo de la Semana Santa, el silencio en su momento justo al punto que se hace estricta y teológicamente necesario. Entonces la Trapería es toda ella aire parado y absorto, escalofriador tintineo de las chorreras de cristal que decoran las bombas de luz de los pasos, luz lívida y penetradora que arranca al rostro de la Virgen el octavo y olvidado Dolor, luz que como un acero implacable astilla los pómulos del Cristo que anda descolgado de la Cruz. La calle, en estos instantes precisos, parece cobrar conciencia trágica y elevadora del doloroso misterio".

Sin embargo no siempre encuentra uno, acertadas explicaciones y relatos de nuestra Semana Santa. El pregonero recuerda la primera vez que las cámaras de la televisión llevaron a España entera la mañana del Viernes Santo.

La voz la puso el maestro de narradores David Cubedo, a quien alguien recomendó que evitara explicar el contenido de la "sená" nazarena, haciéndolo caer en el mismo error cometido por la anglosajona Nina Epton en su libro "Spanish Fiestas" publicado en Nueva Jersey: "La túnica es original en dos aspectos: Para empezar, solo llega hasta las rodillas, lo que permite exhibir la característica mas sobresaliente de su indumentaria: las medias bordadas de lana blanca, ejemplo de un arte específico de esta Región". Nada de lana, que todos sabemos que son de algodón. Y luego continúa " Y en segundo lugar, la abultada panza bajo las túnicas de seda púrpura o morada de estos robustos nazarenos. Esto no es parte de su anatomía, es el almuerzo compartido con sus colegas durante las pausas de una larga y fatigosa procesión". Es decir, que a la señora Epton, o bien no le dieron caramelos ni bocadillos, ni habas ni huevos duros, o simplemente que no llegó a captar la idea del símbolo externo, que como decíamos al principio distingue nuestra Semana Santa de las del mundo entero.

Desde el primer estandarte del Viernes de Dolores hasta la última escolta del Domingo de Resurrección; desde este torpe pregón hasta las justas palabras que sonarán dentro de nueve días en la Plaza de Santa Eulalia y frente al busto de Francisco Salzillo quien asiste cada año al último suspiro nazareno, abramos las compuertas del alma y que nos inunde la admiración de los rostros sublimes que tallaron los más insignes imagineros. Recordemos el significado de cada uno de ellos, su expresión y su dolor, su imborrable testimonio para las almas creyentes.

Ahora que conocéis el mensaje que llevábamos un año entero esperando, la noticia de que vuelve la conmemoración de la pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, ya podéis ir a contarlo al mundo entero. Ya podemos abrir de par en par las puertas de los templos y sedes de nuestras procesiones para dejar salir el más importante patrimonio cultural, histórico y creyente que poseemos. Ya pueden subir a los ciclos los sonidos de las cornetas y los redobles del tambor. Ya puede el bombo volver a reafirmar la palpable presencia de la procesión...

Vista el nazareno la túnica, ponga sobre su cabeza el capuz y rodee el cíngulo o fajín su cintura. Escudos y bordados sobre nuestros pechos emocionados, sandalias y esparteñas guarden nuestro caminar, también descalzo en ocasiones. Y durante la procesión vuelvan a nuestra mente alguno de los versos de Gabriel y Galán:

"Cuando pasa el Nazareno  
de la túnica morada,  
con la frente ensangrentada,  
la mirada del Dios bueno  
y la sogá al cuello echada

el pecado me tortura,  
 las entrañas se me anegan  
 en torrentes de amargura,  
 y las lágrimas me ciegan  
 y me hiere la ternura.”

Contaba el poeta cómo un niño que contemplaba la procesión, se sintió embargado por el dolor injusto de Jesús, por el martirio inmerecido que también encontramos en el rostro de la Dolorosa. El rapaz se separa del grupo, toma un guijarro, aprieta la dentadura y lo lanza contra la frente del verdugo...

“zumbó el proyectil terrible,  
 sonó un golpe indefinible,  
 y del infame sayón  
 cayó botando la horrible  
 cabezota de cartón.

Los fieles alborotados  
 por el terrible suceso,  
 cercaron al niño, airados,  
 preguntándole admirados:  
 -Porqué, porqué has hecho eso?...

Y él contestaba, agresivo,  
 con voz de aquellas que llegan  
 de un alma justo a lo vivo:  
 -¡Porque sí, porque le pegan  
 sin hacer ningún motivo!

Hoy que con los hombres voy,  
 viendo a Jesús padecer,  
 interrogándome estoy:  
 ¿Somos los hombres de hoy  
 aquellos niños de ayer?

Ya pueden sonar las voces del Orfeón. Las que llevan veintitrés años consecutivos clausurando este acto. Orfeón murciano que proclama el nombre de Fernández Caballero y al que se unió tantas veces mi apellido, atesorando en su repertorio la inspiración musical de mis mayores.

¡Abran las puertas!, avancen las filas de penitentes, que se adelanten los tronos...

Que como decíamos al principio:

Sentados en primera fila  
 están Juanico y Antón,  
 esperando con ansia loca  
 que pase la procesión.

*Muchas gracias.*

*Murcia, 20 de Marzo de 1997*

**Miguel Massotti Manzanares**

NOTA: Este pregón fue pronunciado en la Iglesia Parroquial de San Bartolomé. Sede de la Cofradía del Santo Sepulcro.